

Notas bibliográficas

A PROPÓSITO DE LA NACION Y DE LA NACION

La política mirada desde arriba. Las ideas del diario La Nación. 1909-1989, de Ricardo Sidicaro, Sudamericana, Buenos Aires, 1993.

La historia de los grandes diarios no se resuelve en una indagación que se cierra sobre sí misma. Cuando una empresa editorial ha logrado sortear con éxito los desafíos del tiempo, el análisis de su transcurso siempre se corresponde con un ejercicio, mucho más amplio, aquél por el cual se re-construye la historia de una sociedad. Un diario es un colectivo, una identidad con vocación para abandonar lo particular y presentarse como una cosmovisión del mundo en la que se mediatiza la diversidad: a veces desde la lectura que propone del pasado, otras desde la organización que ofrece del presente, por último sometiendo al arbitraje del público la probabilidad de un futuro cuyo argumento, no por incierto, dista de ser inverosímil. Aun cuando esa mirada que se construye desde el presente hacia la historia y el porvenir siempre se desenvuelve sesgada, parcelada por imposición de los límites del mismo objeto, no por ello deja de ser legítima como representación y organización de la sociedad global. Conforman un nexo entre el proyecto cultural analizado y un público que incorpora esos contenidos, un mercado de lectores que, al mismo tiempo, metaboliza informaciones e interpretaciones pero se apropia y transforma la trama conceptual ofrecida cotidianamente. Las políticas editoriales, la vida febril de las redacciones y la matinal o vespertina muchedumbre de lectores no son más que la superficie de un subsuelo de representaciones mucho más profundo, aquél de un universo ideológico que se amplifica hacia la sociedad civil y, asimismo, que recorre todo el sistema político. Ciertas coyunturas históricas son favorables para que un periódico se edifique a sí mismo al tiempo que sea construido desde la sociedad como un centro del pensar y del obrar aunque, como en el caso que nos ocupa, en ese complejo tejido de relaciones con las clases dirigentes, su prédica no sea suficiente para organizar una conciencia colectiva.

La investigación de Ricardo Sidicaro sobre uno de esos grandes periódicos argentinos demuestra cómo *La Nación* abandonó su tribuna de combate con la que la identificara su fundador desde 1870, el general Bartolomé Mitre, para transformarse quizás al calor de la crisis de los partidos políticos tradicionales y del agotamiento del régimen oligárquico, en un "tratado de ciencia política" en permanente despliegue y, por consiguiente, siempre mutilado como una obra condenada a lo inconcluso. Desde 1909 sus editoriales conformarían un ejemplo de elección consciente hacia una función de dirección política y ético-intelectual de los sectores dominantes, un deliberado distanciamiento acerca de los problemas que se debatían en la escena política en la que, al mismo tiempo, se legitimaba una intensa labor doctrinaria respecto de las orientaciones y las funciones del Estado, los partidos y las corporaciones, una labor pedagógica de difusión de principios, de un universo normativo, y de interpretación de los conflictos: en suma, transformando en acción la imagen de una sociedad posible pero todavía inexistente.

Si *La Nación* se propone desde aquella lejana época del Centenario erigirse en órgano educador y director, difusor en "el conjunto de la clase dirigente" de una determinada cosmovisión de la sociedad, y si esa tarea persiste hasta la conclusión de la década de 1980, no es menos pertinente señalar que desde sus orígenes ese clivaje social no era homogéneo sino fragmentado, fraccionado y que ese problema se tornaba mucho más agudo conforme se complejizaba y se transformaba la sociedad política en la Argentina a lo largo del siglo.

El objeto de estudio abarca desde la etapa en que se resuelve, por lo menos provisoriamente, la crisis de representación del "orden oligárquico" hasta esta otra, ya contemporánea, de transición hacia la democracia luego de la dictadura militar de 1976-1983. Período en el que esa tarea de unificación ideológica muchas veces fracasara, a juicio del autor, dada la intensidad de los conflictos sociales y políticos. Etapas en que el periódico se enfrentaba con una natural impotencia para descubrir interpretaciones adecuadas a las coyunturas de crisis e inestabilidad en tanto el desconcierto se instalaba en sus páginas y la "fragmentación de los sectores sociales que buscaba unificar termin(aba) reflejándose en el pensamiento político del diario" (pág.10). La obra en su conjunto atiende a una periodización en la que se privilegia la forma de Estado, el tipo de régimen político y la relación con el sistema de organización del poder de las clases sociales, una evolución en la que a lo largo del siglo la dirección (el consenso) cede a la dominación desde los tiempos de la Gran Depresión.

La primera parte del libro, "El tiempo de las certezas", corresponde al período 1909-1943. Hasta el triunfo de Yrigoyen en las elecciones de 1916, el autor destaca las orientaciones modernizantes de *La Nación* respecto del sistema político, la organización de los partidos y una tendencia favorable a resolver los problemas emergentes de la "cuestión social" mediante la intervención conciliadora del Estado en los conflictos obrero-empresarios. El diario, favorable a la legislación electoral propuesta por Sáenz Peña, confiaba en los progresos de la democratización institucional, se ubicaba en las posiciones más progresistas de los núcleos dirigentes, y abogaba por una unificación de las fuerzas conservadoras con el Partido Demócrata Progresista dirigido por Lisandro de la Torre.

Durante la primera presidencia de Hipólito Yrigoyen, a pesar de la confianza de *La Nación* en las virtudes del régimen democrático, evolucionó hacia posiciones interpretativas elitistas, sobre todo a aquellas que ya no se detenían en la crítica de la "demagogia" radical sino en la desconfianza que inspiraban los mismos sectores populares sobre los que en el pasado inmediato se fincaban las esperanzas de una progresiva educación política. De ese modo, desarrolló una diferente perspectiva de los conflictos sociales en los que aquéllos erosionaban el sistema político gracias a los contenidos populistas del gobierno radical. El antiliberalismo económico del diario le permitió constituirse en uno de los primeros expositores del intervencionismo estatal en el sector industrial y de estímulo a la minería en una época, a nuestro juicio, donde ellas también eran patrimonio del nacionalismo de matriz antiimperialista, el caso de Manuel Ugarte, de la *Revista de Economía Argentina* dirigida por Alejandro Bunge, de la breve administración del Ministro Herrera Vegas durante 1922-1923 y de la Unión Industrial Argentina.

Durante el período presidencial de Marcelo T. de Alvear, Ricardo Sidicaro subraya que "(e)n tanto lugar de organización intelectual de una concepción intervencionista del Estado fragmentaria y parcialmente compartida por los principales sectores propietarios, el pensa-

miento del diario quedó en una posición de avanzada respecto a dichos sectores y, más aún, al gobierno" (pág. 103). En ese caso, *La Nación* fue uno de los precursores de las políticas de la década de 1930 mucho antes de la crisis de la Gran Depresión pero sin circunscribirse a la defensa de los tradicionales intereses de los sectores agrario-pampeños. Conforme se aproximaba el golpe militar de 1930 resulta evidente el desajuste entre el modelo democrático preconizado por el diario y las condiciones políticas y sociales del país donde, merced a un juego ilusorio de la razón, la acción del ejército, se asimilaba y subsumía en una categoría tan comprensiva como oscura, **el pueblo**, transformándose en la condición de una pronta estabilización del sistema político. El período que se cierra con el golpe militar permite elaborar una conclusión que se desprende del propio análisis ofrecido en el libro: *La Nación* se nos presenta como el órgano consciente de una clase dirigente inexistente. Clase dirigente cuya fragmentación explica su incapacidad para organizar una dirección política y ética cultural de la sociedad. Idea solidaria con las tendencias estructurales de la economía en las que se advierten "las dificultades de los principales sectores propietarios para predominar por sí solos en el mercado" en vísperas de la crisis mundial (pág. 120).

Es auspicioso que *La Política mirada desde arriba* subraye las debilidades de todo razonamiento que descubra en la crisis de 1930 la posibilidad de una nueva datación del tiempo histórico, ya sea, por las transformaciones en el sistema político como en la estructura económica o, expresando esta idea con una síntesis que no aspira a la exactitud, de una construcción mítica del tiempo. Por el contrario, el año 1930 es revelador de lo que se encontraba oculto al análisis de los observadores y que, más tarde a lo largo de la década, se trocará en evidencia: "la transformación de las prácticas de los sectores sociales que en etapas anteriores habían actuado como clase dirigente y que a partir de entonces pasaron a desempeñarse como una clase dominante" (pág. 131). Es decir, clase con predominio pero incapaz de articular un discurso consensual. De ese modo, *La Nación* rechazó las orientaciones corporativas del gobierno de Uriburu aunque suscribió su intervención en la economía y, más tarde, se opuso a las técnicas electorales que aseguraban la continuidad fraudulenta y excluyente del régimen denunciando su ilegitimidad. Etapa de la que podría concluirse que mientras el diario aspiraba a una mediación ausente, aquella por la cual una clase dominante se transforma en dirigente, no advertía hasta dónde carecía de interlocutor y, del mismo modo que con la segunda presidencia de Yrigoyen, se obstinara en la ilusoria convicción acerca de la recomposición del sistema político.

En la segunda parte del libro, "Pensando la nueva Argentina", se analiza el período 1943-1955. Las discrepancias con las orientaciones intervencionistas del gobierno militar surgido del golpe de junio, sobretudo con el grado de desarrollo alcanzado por la autonomía del Estado y la pertenencia de *La Nación* al bloque antiperonista la transformaron en una prensa más militante que analítica. Luego del triunfo de Juan D. Perón, las principales críticas se dirigieron hacia la política económica y las tendencias autoritarias. En una coyuntura de aislamiento ideológico originada en las políticas oficiales, en el alejamiento de uno de sus tradicionales apoyos, el sector radical intransigente expositor de un programa antiagrarista (con excepción de la revista *Hechos e Ideas*), y los obstáculos para asumir la representación de las clases propietarias, el periódico se limitó a una crítica moderada al peronismo. Sin embargo, es probable que la pregunta acerca de la re-orientación de *La Nación* cuando se abandonaron los modelos económicos heterodoxos se relaciona, no sólo

con cambios en el Estado, sino con un realineamiento de los sectores dirigentes tradicionales favorecidos por la nueva política económica de 1952: baste recordar para ello que la euforia de *La Nación* fue acompañada por la Sociedad Rural Argentina con un lenguaje inédito e insólito si se lo refiere a la cercana pero cerrada oposición al gobierno del período 1944 a 1951.

Si la etapa de los gobiernos peronistas es pasible de ser comprendida como un esfuerzo fallido por cristalizar una dirección hegemónica desplazando a los sectores dominantes tradicionales,⁽¹⁾ a juicio de Ricardo Sidicaro el Estado y la sociedad argentina entre 1955-1976 corresponderían al modelo de una fragmentación de la dominación social. El concepto de clase dominante ya no sería relevante para explicar la conflictividad del período sino que, por el contrario, las **categorías dominantes** (concepto no asimilable al de **fracciones de clase**) permitirían interpretar en forma más adecuada un proceso en el que luchando por sus propios intereses sectoriales ninguna de ellas logró imponer sus propios proyectos y, en suma, no se forjaron regímenes perdurables democráticos o autoritarios. Al plantear el problema en el territorio de las **categorías dominantes** el análisis se sitúa en un espacio diferente al de los estudios clásicos del período que, de uno u otro modo, comprendían la ingobernabilidad desde una lectura de la fragmentación de las clases dominantes.⁽²⁾ Esta idea implica una mayor volatilización del sistema político y social y una inestabilidad recurrente que no se resuelve con las transitorias o coyunturales alianzas entre las categorías.

Estos tiempos bautizados como los del "Desconcierto y nostalgia" evidencian una *La Nación* sometida a los vaivenes de la historia y ávida de un pasado inexistente que se extravió en sus propias páginas de la época del Centenario. Luego de haber recibido elogiosamente al Proceso de Reorganización Nacional y atravesar por largos años de incertidumbre abogando por los postulados clásicos de la democracia liberal, *La Nación* cifró sus esperanzas en la candidatura de Alfonsín. Aquella anterior confusión, esa incapacidad para ocupar una posición doctrinaria tan cara a lo largo del siglo sólo comenzó a ser recuperada una vez reinstalado el régimen democrático. Juicio, sin duda, audaz si se recorren los vaivenes de la crisis institucional que presuponía la misma transición democrática "(L)a lucha de ideas cobró una importancia desconocida desde hacía décadas. Dotar al otro de una matriz cognitiva, hacer ver la realidad con los ojos 'correctos', convencerlo de que la fuerza de las cosas limita las opciones, de que el mundo marcha irremediablemente hacia la dirección pregonada desde la propia perspectiva: la misión que desde antaño se dio a sí misma la 'tribuna de doctrina' se reactualizó con la democracia" (p. 523).

Los lectores de *La política mirada desde arriba. Las ideas del diario La Nación 1909-1989* podrán descubrir en sus páginas no sólo la exposición de esa "mirada" colocada por encima de quienes se situaban en las "alturas" del Estado, en la dirigencia de los partidos políticos, las corporaciones o las empresas, sino también reflexiones teóricas que interpelan para (re)pensar sobre los problemas del presente. Tal vez porque en ellas también es posible descubrir tendencias de larga duración cuya explicación no es exclusivamente contemporánea.

NOTAS

(1) El régimen político peronista ofrece el ejemplo de una desestructuración permanente de las clases dominantes. Los mecanismos para lograr ese propósito fueron múltiples: clausura de periódicos, disolución de las entidades gremiales empresarias del capital más concentrado, persecución política, etc. "Así las cosas, es la intervención del Estado, orientada por una elite de nuevo tipo, la que mediante el recurso a una acción de ruptura puede debilitar las interdicciones sociales y desbloquear el sistema político para, de un mismo golpe, abrir las puertas a la participación de los actores populares", Juan Carlos Torre, *Desarrollo Económico*, vol. 28, N° 112, IDES, Buenos Aires, 1989, pág. 539.

(2) "(L)as líneas generales del proceso desde 1955 se encuadran dentro de lo que llamaríamos **fase de no correspondencia entre nueva dominación económica y nueva hegemonía política**". Uno de los rasgos del período corresponde a la fragmentación del bloque de las clases dominantes y el surgimiento de nuevas fuerzas sociales con proyectos alternativos y el "reparto del control sobre los distintos aparatos sociales", Juan Carlos Portantiero, "Clases dominantes y crisis política en la Argentina actual", en Oscar Braun, *El capitalismo argentino en crisis*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1973, pág. 82.

***The Forbidden Best-Sellers of Pre-Revolutionary France*, de Robert Darnton,
W.W. Norton & Company, New York-London, 1995.**

Esta última producción de R. Darnton reúne el trabajo investigativo de 25 años en un espacio hasta ahora nada conocido en nuestro medio en lo que a la trama histórica de la República de las Letras se refiere, el de la *censura* ejercida sobre la palabra escrita desde el Estado en la última fase de la Francia del Antiguo Régimen. En efecto, *The Forbidden Best-Seller...* completa el trípede temático del autor conformado por *The Literary Underground of the Old Regime* (1982) y *Edition et sédition. L'univers de la littérature clandestine au XVIIIe siècle* (1991), que tuvo como impulso su estudio del universo económico-cultural de las empresas editoriales en la Francia dieciochesca que en 1979 apareció como *The Bissiness of Enlightenment. A Publishing History of the Encyclopedie 1775-1800*. Doctorado en Oxford a mediados de los sesenta con su tesis sobre *mesmerismo* y enrolado en lo que la *Nouvelle Histoire* ha denominado en términos generales la *Historia Cultural*, Darnton se volcó desde entonces a la investigación de las diversas formas que la lectura adquirió en la Francia pre-revolucionaria, estudios que junto a los de los franceses Roger Chartier y Daniel Roche han dado, en los últimos años, considerable espesor a esta especificidad temática que ha abierto la *Historia del Libro*.

Con el propósito de avanzar en la respuesta mayúscula que estos estudiosos se vienen haciendo sobre *qué leían los franceses en el siglo XVIII* Darnton, por su parte, se propone en esta oportunidad tres objetivos mayores. En primer lugar lograr una *mirada más amplia* de la literatura y la historia cultural en general; en segundo término mostrar cómo la historia del libro se abre hacia los *sistemas de comunicación* y por último detectar la articulación entre las *ideologías y la formación de la opinión pública*. De ahí que el historiador haya dividido el texto en tres ejes problemáticos: la relación literatura prohibida-mercado librero; como segunda cuestión las características de la literatura pornográfica de la época y para

terminar la presencia de la Revolución a través del análisis de la insidencia de las redes de comunicación-construcción de la opinión pública como telón de fondo intelecto-cultural. Una antología de títulos pomográficos lo cierra. Asimismo el texto está complementado por un segundo volumen, *The Corpus of Clandestine Literature in France, 1769-1789*, tratamiento cuantitativo de los registros documentales de base que Darnton ha trabajado desde el comienzo de su tarea en investigación del tema, a lo largo de las redes de series organizadas sobre las 50.000 cartas que forman parte de la correspondencia que la Sociedad Tipográfica de Neuchâtel (STN) de Suiza mantuvo regularmente, durante buena parte de la bisagra entre los siglos XVII y XVIII, con distintos comercios librereros de Europa a quienes suministraba principalmente de material bibliográfico prohibido.

Ahora bien, ¿qué libros no lograban el *privilegio* real que legitimaba su libre lectura por parte de los pobladores del reino francés? Simplemente aquellos que incluían propuestas u opiniones contra el Estado, la Iglesia o la moral. En los últimos años de su ilimitado poder, el Antiguo Régimen reforzó sus mecanismos de control social, censura ideológica y represión política; en general, todo tipo de literatura era sospechosa de contener discursos sediciosos por lo tanto se *entrenó* a personal especializado en detectar los *libros prohibidos* (debían ser secuestrados o destruidos); los *libros no permitidos* (factibles de ser restituidos a su dueño) y, por último, los *libros piratas* (para ser vendidos para beneficio del librero, dueño del privilegio original). Las fronteras entre uno y otro tipo eran tan débiles que al poco tiempo de practicar esta especie de *secuestro*, el sistema de control se sumió en tal confusión que es difícil deslindar, desde hoy, la literatura legal de la ilegal bajo los criterios de los custodios de la censura. Darnton afirma que esta confusión comenzó a partir de una cuestión semántica ya que la policía estaba acostumbrada a determinados términos para identificar la literatura prohibida: *libros clandestinos*; *drogas*; *miserias*; aunque una expresión era favorita en la jerga policiaca: *libros malos*. En tono desafiante los editores y libreros acuñaron otro calificativo: *libros filosóficos*, frase que "sirvió como señal en su código comercial para designar libros que les podían traer problemas, libros que debían ser manipulados con cuidado"; mientras que muchos libros indicaban, con frecuencia, un título en su tapa que poco tenía que ver con su contenido real. Bajo la inocente denominación de "Portraits des Chartreux" se encubría, de hecho, a la pornográfica y anticlerical *Histoire de Dom B, Portier des Chartreux*. Similar disfraz enmascaraba a otros libros filosóficos: los eróticos *La Fille de joie* y *L'Espion chinois* y el best-seller en esta categoría, *L'Académie des dames*. Asimismo los *catálogos* que los libreros consultaban para sus compras contenían listas codificadas para disimular el contenido de los textos peligrosos; *casar* libros significaba intercalar las páginas de un libro *bueno* con aquellas extraídas de uno filosófico. El rótulo de *Liturgie des Protestants en France* contenía los atrevidos "Ecole des filles"; "Cruautés religieuses" y "Parnasse libertin"; mientras que "Fille de joie" se encontraba como parte de un clásico: *Le Nouveau Testament*.

Alrededor de 1741 se produce una segunda vuelta de publicaciones lujuriosas destacándose por su audacia erótica *La Canapé colour de feu*, de L.C. Fougeret de Monbrun; *L'Art de foutre* de François de Baculard d'Arnaud y *Histoire de Dom B..., portier de Chartreux*, de J-C Gervaise de Latouche. *Thérèse philosophe* —principal motivo de análisis por parte de Darnton—, escrito por el marqués d'Agens, dominó la lista de best-sellers pornográficos, a la que se agregaban *Le Bijoux indiscrets* (1748) de Diderot y *La Pucelle* de Voltaire (primera edición de 1751) además de los títulos de otros autores menores. Después de 1780

este género retoma brío entre público tan heterogéneo y extenso, publicándose entonces los trabajos pornográficos de Mirabeau: *Erotika Biblion*, de 1782; *Ma Conversion, ou le libertin de qualité* (1783) y *Le Rideau levé ou l'éducation de Laure*, de 1785...; el siglo culminó con el marqués de Sade.

L'An 2440 escrito por Louis-Sébastien Mercier y editado por primera vez en 1771 es otro de los libros que la censura del Antiguo Régimen colocó bajo su sistema de persecución. Sin embargo, según Darnton, nada más diferente que la problemática que encierra el título anterior. Mercier construye y describe un conjunto utópico del siglo XXV: su fantasía que invade libremente todo el texto le impide, en opinión de Darnton, desprenderse del *necesitado* en los escalones más bajos y de la *aristocracia* en los más altos, a pesar de que abolir las lacras sociales del Antiguo Régimen es uno de sus objetivos principales como propuesta transformadora. "Esto es lo que hace su Utopía tan interesante: sus contradicciones muestran qué tan lejos la fantasía podía extenderse antes de 1789".

El texto de Mercier no sólo se revela en una especie de *guía* de progreso social hacia un futuro del cual lo separan 7 siglos; el valor de su planteo reside también en estar imbuido del sentido moderno que encerraría la noción de *revolución* —la palabra no había sido aún pronunciada—, "nadie podía imaginar algo similar a la explosión de 1789; así es que la imaginación de Mercier nunca atravesó los confines de la mentalidad del Antiguo Régimen". Con todo, Mercier arremete contra dos puntos muy sensibles: la iglesia y el estado. El tercer asunto que le interesa destacar a Darnton en su lectura de Mercier es la relación lectura-censura en futuro tan lejano. En el capítulo dedicado a la condena de la censura ejercida sobre la biblioteca real, Mercier se pregunta cómo el régimen tratará a la palabra escrita en el 2440. "Los franceses protegerán su libertad manteniendo su prensa completamente libre", entonces cualquier amenaza a esta garantía político-social será considerada crimen de *lèse-humanity*. Según opinión de Mercier y en el marco de esta utopía, "los franceses se habían convertido en un 'pueblo de autores' tanto como una 'nación de lectores'". El despotismo, en el siglo 25, como sistema político se habría vuelto imposible de pensar y aplicar por la simple razón de que todo pensamiento habría sido sacado de su escondite a través de la práctica permanente de la escritura-lectura, lo que convierte a la utopía, en la interpretación de Darnton, en *un estado de transparencia perfecta*.

Contar historias sobre la vida privada de los reyes no era considerado por los censores del régimen un acto de sedición en sí —la relación rey-amante guardaba para el conjunto cierta legitimidad inherente al aura real: "las amantes de Francisco I, Enrique IV y Luis XIV (con la excepción de Mme de Maintenon) podían ser celebradas como conquistas, como victorias de guerra, porque ellas mismas eran nobles"—; sin embargo el caso amoroso Luis XV-Mme du Barry fue plasmado dentro del género "literatura del escándalo político" con la firme intención de socavar los cimientos del despotismo previo a la Revolución. El texto *Anecdotes sur Mme la comtesse du Barry* formó parte de la denominada literatura de "libelle", o "crónicas escandalosas", no por el erotismo que podía trasuntar sino porque el rey había roto con un tácito acuerdo entre los miembros de la Corte y su persona —relaciones extramatrimoniales con mujeres nobles— montando una escenografía amorosa cuasi pública con una prostituta. Este tipo de literatura insidiosa, escrita en lenguaje ligero y simple para un público mansivo —según Darnton en 1770 los lectores ya constituían un público— tuvo la virtud de acercar al ciudadano común a los secretos de la política de palacio y de constituirse además en formadora de opinión pública. Los autores de *libelles*

fueron el precedente del reportero moderno, entrometiéndose en todo suceso sugerente a exacerbar la imaginación del lector. El *novelista* reunía una cantidad de anécdotas en un *boletín* (*gazette à la main*); y a través de su publicación el editor producía una *crónica escandalosa*. Si *Thérèse philosophe* y *L'An 2440* fueron ordenados por sus autores en capítulos, el registro de las andanzas de la du Barry terminó siendo una mera sucesión de anécdotas en un continuum de 346 páginas —acompañadas de canciones provocativas y chistes mordaces, los que también construían *noticias*— sobresaliendo entre el conjunto de "gazettes à la main", *Mémoires secrets pour servir à l'histoire de la république des lettres en France*, obra también atribuida a Pidansat de Mairobert.

El autor de *libelles* producía —según la interpretación de R. Darnton— noticias y comentarios al mismo tiempo, "construyendo un texto que nos habla sobre cómo eran las noticias y cómo circulaban, pasando por todos los medios de la época, visuales: impresos, posters, graffiti; orales: chistes, rumores, canciones; y escritos: gazetas manuscritas y panfletos". Dentro de estas formas de expresión pública hay tres cuestiones a destacar en el marco de la narrativa: la manifiesta subjetividad del autor a través de sus opiniones directas y tendenciosas; su influencia no ya sobre el lector en su calidad de individuo, pero como sistema discursivo dirigido al colectivo con el objetivo de machacar sobre la corrupción del sistema y, por último, el carácter *revolucionario* del género; "no como antesala de la Revolución Francesa pero sí como denuncia de la legitimidad de los fundamentos mismos de la monarquía de los Borbones"; ridiculizando su masculinidad decadente, virilidad otrora congraciadamente elogiada. (*es un viejo libertino impotente y un comudo; ...el cetro se ve tan débil como el pene del rey*).

A pesar de que R. Darnton se ha autodefinido como uno de los pocos historiadores estadounidenses que se dedica al estudio de la Revolución Francesa, sus estudios se ubican más específicamente en el terreno de la historia de las prácticas de la lectura por parte de sectores no ilustrados de la Francia pre-revolucionaria. Los textos seleccionados por Darnton para *The forbidden...* con el propósito de reconstruir el universo cultural que presentó la lectura censurada durante las postrimerías del Antiguo Régimen representan una buena muestra del emprendimiento teórico-metodológico de Darnton con materiales que buscan resaltar más la *extrañeza* de la ruptura acontecimental como desafío a la forma de historiar impuesta por la tradicional historia de las ideas ilustradas camino a la Revolución. El lector se encontrará entonces en *The forbidden...* frente a un desarrollo extenso y preciso por parte del autor de cuestiones que hacen a la defensa de la llamada *literatura menor* dieciochesca en su carácter de material de base —aunque no únicamente— en la elaboración de su historia del libro/lectura.

Como primer asunto a destacar la literatura menor caracteriza específicamente la producción de escritores con talento escaso para la creación, pero sí bien inspirados para la *copia*, reconfiguración y reinterpretación de obras de renombre. Curiosidad que se extiende a que estos *hacks writers* se nutrían, entre otras, de la *buena* literatura, la que pasada por su cedazo interpretativo oficiaba de disparador de temas más atractivos para la población lectora, gran parte de la cual escapaba de las dificultades que presentaba la lectura de los *philosophes*. Siendo estas lecturas frecuentemente *clasificadas* por los agentes responsables de la censura —represión sufrida también, según los momentos, por la obra de los Ilustrados— la tríada autor-librero-lector supo diseñar sus propios canales de circulación, resultando un muy activo mercado negro del libro sedicioso con nudos de

distribución, agentes especializados y rutas diagramadas para el contrabando del papel impreso, redes que ponen al estudio del historiador la lectura como complejos "sistemas de comunicación". Por seguir, Darnton prefiere ubicarse en la que ha sido denominada historia *desde abajo*, visión que le permite, según su opinión, una lectura más antropológica que sociológica; más *cultural* que *intelectual*; además de una tarea microanalítica cercana a la pesquisa en la búsqueda de *por qué y cómo* leían los hombres del siglo XVIII. ¿Quién era leído? ¿Quién era considerado autor en la etapa pre-revolucionaria? "...Cualquiera que hubiera publicado por lo menos un libro era considerado un escritor en el siglo XVIII".

En definitiva la pregunta nodal que engloba el resto de las preocupaciones de Darnton frente a las tradiciones anglo-americanas y francesa en cuanto a la construcción del discurso y de la difusión de la palabra escrita es si *los libros hacen las Revoluciones, cuál puede haber sido la conexión entre el Iluminismo y la Revolución Francesa*. Siempre campeando un cierto anti-teoricismo, lo que Darnton pone a discusión es la fragilidad de algunas categorías tradicionales que este tipo de historia del libro ha sabido utilizar. La "relación entre Iluminismo y Revolución" es una "cuestión mal planteada" porque termina diferenciando el primero "del resto de la cultura del siglo XVIII, inyectándolo en el análisis de la Revolución como si pudiera ser rastreado a través de los sucesos de 1789-1800 como una substancia monitoreada en el torrente sanguíneo". Hoy se considera *El Contrato Social* como teoría política y *Historie de Dom B* como pornografía, sin embargo ambos eran rotulados en el siglo XVIII como "libros filosóficos", entonces la "evidente distinción entre pornografía y filosofía comienza a quebrarse"; sucede que *libertad y libertinaje* estaban muy ligados para la gente del XVIII, por eso "ya no parece tan desconcertante que Mirabeau, encarnación del espíritu de 1789, hubiera escrito la pornografía más cruda y también las más valientes estampas políticas de la década anterior". Las mismas contradicciones encontraríamos en *La Cartas Persas* de Montesquieu; *La Pucelle d'Orléans* de Voltaire y *Les Bijou indiscrets* de Diderot.

Estas contradicciones se resolverán entendiendo que todo es cuestión de construcción *de sentido* en el encuentro que, a través de la lectura, sellan el libro y el lector. El libro aporta su tipografía, formato, armado y cubierta; mientras que el lector trae consigo sus expectativas, valores, actitudes y opiniones. "La lectura, por lo tanto, está doblemente determinada, por la naturaleza del libro como un medio de comunicación y por los códigos generales que el lector ha internalizado y en los que la comunicación debe tener lugar". Sin embargo Darnton no está adhiriendo a una noción de cultura holística, ya que en la construcción de sentido aparece tanto el *conflicto como la coherencia* —siguiendo a la escuela de Cambridge serían las *prácticas rivales discursivas*—, por lo tanto nada podría ser, en su buen hacer y entender, tan apropiado para una historia de la lectura que el *análisis del discurso*; sin descartar la riqueza que brinda el estudio de las *actitudes, valores y visiones del mundo*, en otros términos la conocida en Francia como historia de *mentalités*.

El oficio de investigador, de AA.VV, Ed.Homo Sapiens-Instituto de Investigación en Ciencias de la Educación-Facultad de Filosofía y Letras-UBA, 1995.

El libro reúne un conjunto de exposiciones elaboradas y debatidas en los Ateneos Mensuales que organiza el Instituto de Investigaciones en Ciencias de la Educación de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Todos los artículos intentan dar respuesta al interrogante fundamental planteado por los realizadores de las jornadas ¿en qué consiste el oficio de investigador? Así, desde lugares tan distintos como la Filosofía, la Sociología, Historia, Letras y la Pedagogía, investigadores "formados", "de oficio" historizan sus propias prácticas, señalando las especificidades disciplinarias.

Abre las exposiciones Federico Schuster, el cual se centra sobre todo en uno de los aspectos de la vieja discusión sostenida entre naturalistas y humanistas, acerca del carácter y método de las ciencias sociales: la idea de **Verstehen** o **comprensión**, presentando un recorrido histórico-conceptual del problema. Repasa a autores como Dilthey, M. Weber, A. Schutz, P. Winch, Gadamer, Ricoeur y D. Davidson.

En segunda instancia Norma Giacarra y Susana Aparicio, especialistas en sociología rural, señalan las distintas cuestiones que tienen en cuenta al desarrollar una investigación, como elección de la sede de asentamiento de la misma, equipos de trabajo, subsidios, etc. Puntualizan también aspectos que tienen que ver con la construcción del objeto, la formulación de problemas y el conjunto de herramientas técnico-metodológicas utilizadas para abordarlo.

José Carlos Chiaramonte reseña su experiencia personal como investigador en el campo de la historia. Insiste en revalorizar algunos tópicos asociados especialmente con la labor del historiador, como es el caso de la **historia total**. Tampoco deja de reparar en otras preocupaciones que son comunes para cualquier investigador, como la articulación entre teoría y empiria; la necesidad de revisar supuestos; de confrontar con otras teorías y alerta sobre el peligro que representan las modas intelectuales.

Beatriz Sarlo, desde el campo de la literatura destaca las distintas perspectivas que convergen en su producción: la crítica literaria, la historia de la literatura, la historia de las lecturas y del público y el análisis sociocultural de las instituciones literarias. Organiza la exposición de manera clara apuntando los temas que le despiertan interés y los obstáculos que debe sortear en relación con el tipo de objeto que se propone construir y con las fuentes necesarias para poder elaborarlo.

Finalmente dos exposiciones de especialistas en pedagogía como es el caso de Edith Litwin y Raúl Ageno cierran el libro y el ciclo de discusiones sobre el tema. La primera aborda el problema de las configuraciones didácticas en la enseñanza de las ciencias sociales en la universidad. El segundo analiza los distintos aspectos a tener en cuenta al investigar la realidad educativa, tales como: la sociedad en la cual está inserta, el discurso que circula en ella sobre la educación, las instituciones que rigen las prácticas educativas, sin omitir a los sujetos involucrados en la misma.

Frente al interrogante común acerca del oficio de investigador, los intentos de respuestas o caminos elegidos por los participantes resultan originales y diferentes. Una de las

estrategias desplegadas es la de biografiar la propia experiencia intelectual (como Chiaramonte y Sarlo), otra de las opciones exhibidas es la de presentar un problema y rastrearlo (como lo hace Schuster); en otro caso poner en discusión una investigación concluida y hacer el esfuerzo retrospectivo y esencialmente didáctico, de desmenuzar las distintas instancias metodológicas que permiten construir el objeto de investigación (como Giacarra y Aparicio) y finalmente en el caso de Litwin y Ageno la argumentación se instala en el campo de la pedagogía y especialmente en las prácticas generadas por los mismos docentes, en tanto productores de saber y de teoría.

Giacarra y Aparicio piensan la investigación como una operación compleja que referencia por un lado al **ámbito de producción del saber** (de allí que subrayen tanto la relevancia que tiene la elección de la sede de asentamiento de la producción, priorizando la universidad en tanto generadora de investigación y docencia y en cuanto contralor de la producción intelectual) y por el otro a **procedimientos** de análisis específicos de la disciplina.

Los artículos de Chiaramonte y Sarlo apuntan más bien a relatar la experiencia de cada uno en cuanto a la formación en investigación en sus respectivas disciplinas. Con mucha sencillez van poniendo en común sus propias dudas, sus crisis y pretensiones intelectuales; los temas que les interesan o interesaron en distintos momentos de sus vidas, la elección de teorías para poder pensar los objetos, los problemas con las fuentes, etc.

Los tres artículos restantes tienen la virtud de movilizar al lector de diferentes maneras. En el caso de Schuster, reinstalando la discusión acerca si hay o no unidad metodológica para toda la actividad humana llamada ciencia y los principales aportes y debilidades de la comprensión como método. Por el otro, los artículos de Litwin y Ageno, obligando al lector a reflexionar sobre su propia práctica en el campo de la docencia.

María Luisa Múgica

Más allá de la estabilidad. Argentina en la época de la globalización y la regionalización; compilado por Pablo Bustos, Fundación Friedrich Ebert, Buenos Aires, Febrero de 1995.

Frente al proceso inflacionario argentino que provocaba la dolarización generalizada de la economía, la convertibilidad fue la propuesta de política económica que permitió alcanzar la estabilidad y a la vez convalidar la reforma monetaria impuesta por el mercado. Esto llevó, en una primera etapa, a mejorar y dinamizar la economía. Pero surgen varios interrogantes ¿es posible continuar con la estabilidad? ¿No es demasiado alto el costo social de mantenerla? ¿No es posible encontrar propuestas alternativas?

Este libro compila un conjunto de artículos que aceptando como positivos los resultados del Plan de Convertibilidad en cuanto a la estabilidad, plantean la necesidad de implementar políticas socioeconómicas que permitan superar los impactos negativos que

el mismo ha provocado. La estabilidad no es un fin en sí misma. Aunque a nivel político sus resultados han sido evidentes, debiera ser el inicio de un camino para lograr crecimiento sostenido y un patrón distributivo más equitativo en el tiempo.

Podemos tomar como marco general el planteamiento de Rubén Lo Vuolo en su trabajo "Estabilización, ajuste estructural y política social. Los inocentes serán los culpables" en el cual se pone en duda la Convertibilidad no como shock antiinflacionario, sino como la pretensión de volverla el eje central de la vida de los argentinos y de la supervivencia de un sistema de equilibrio político y social.

Desde lo económico, comienzan a agotarse los efectos que sobre el poder de compra de parte de la población provocaban el efecto riqueza de la paridad fija, la aparición del crédito (aunque costosa) y la entrada de capitales, en un círculo virtuoso que parecía podría mantenerse en el tiempo. Con ello se incrementó el consumo de bienes durables mientras crecía la producción utilizando los recursos ociosos, pero también creció la participación de la importación. Pasado los primeros efectos positivos resurgen los inconvenientes y, "más allá de la estabilidad", se requieren soluciones a los problemas estructurales, aquellos que no ajustan por el mercado. La convertibilidad, al eliminar la inflación, dio transparencia no sólo a las ineficiencias de la estructura macroeconómica sino también a la de las empresas.

Los autores convocados señalan desde diversos puntos de vista los problemas macroeconómicos, regionales, sectoriales y sus impactos sobre el empleo, buscando políticas alternativas.

Luego de este marco general veremos muy brevemente los aspectos claves, dentro de un conjunto importante de ideas, que se plantean en los artículos.

Pablo Bustos en "Argentina: ¿un capitalismo emergente?" plantea la necesidad de reflexionar sobre el camino elegido por el país para integrarse a la dinámica cambiante del escenario mundial y regional. Analiza para ello los cambios producidos en los últimos tiempos y las alternativas que se presentan para alcanzar niveles de crecimiento económico compatibles con las condiciones de vida y de trabajo de la población.

El proceso de deterioro que las economías regionales extrapampeanas sufren desde los inicios del ajuste estructural a fines de los setenta, agravado por el proceso de apertura, la desregulación, la concentración del capital y la integración, surgen en el trabajo de Alejandro Rofman "Las economías regionales. Un proceso de decadencia estructural". Plantea la necesidad de que el Estado reasuma su rol de agente regulador eficaz en el proceso de relaciones económicas sociales que tienen lugar en los mercados regionales periféricos, rol que evidentemente deberá tener un perfil diferente al histórico.

La integración así como la globalización económica, ponen nuevamente de relieve a las economías regionales dentro del país, al nuevo papel que asumirán y a sus posibilidades. Rofman señala que en las regiones extrapampeanas se llegará inevitablemente, si nada se hace, al quiebre definitivo de la actividad económica, con el consiguiente problema social y el agravamiento de las desigualdades.

Desde el punto de vista sectorial Bernardo Kosacoff plantea en "La Industria argentina, un proceso de reestructuración desarticulada" un repaso de los modelos de industrialización y las transformaciones que se están gestando a partir de la convertibilidad. La evaluación del futuro de las empresas es uno de los fenómenos más difundidos en el entramado manufacturero. El autor señala la necesidad del desarrollo competitivo en el que se deben aunar los esfuerzos individuales de las firmas con el de otros agentes privados y públicos.

La política industrial debe ser "explícita, activa y de la mayor generalidad y neutralidad posible".

La presencia de grandes grupos económicos en la economía argentina no es suficiente para impulsar el proceso clásico de acumulación productiva, tecnológica y organizativa que requiere el desarrollo nacional. Las limitaciones internas de estos grupo y los condicionantes externos son planteados por Jorge Schvarzer en "Grandes grupos económicos en la Argentina. Formas de propiedad y lógicas de expansión".

Tampoco las PYMEs parecen mostrar un panorama alentador, más aún si no se concretan medidas de políticas que permitan reconocer las diferencias entre las firmas, reduciendo las desigualdades existentes. El proceso de concentración no favorece a las economías regionales, en las cuales predominan las PYMEs, que son motor del desarrollo regional y del mantenimiento del empleo. Junto a las políticas respecto a las PYMEs y a la reconversión regional, Pablo Gerchunoff y José Luis Machinea hacen referencia en "Un ensayo sobre política económica después de la estabilización" a las políticas de financiamiento que deben reducir las diferencias existentes en términos de tamaño de firmas.

Evaluar las oportunidades que se le presentan a la industria argentina en su inserción en el Mercosur, es un tema prioritario. Mejorar la competitividad requiere de un Estado que impulse y coordine los esfuerzos privados. Desde este punto de vista Daniel Chudnosky y Fernando Porta plantean y analizan los requerimientos de una política industrial y tecnológica en Argentina en "Antes y después de la Unión Aduanera de Mercosur. Prioridades de política".

En primer lugar, la provisión de financiamiento adecuado que permitan modernizar las empresas y, en especial, a las PYMEs. En segundo lugar, es necesario acordar criterios básicos para redefinir políticas adecuadas a cada rama industrial y sus principales actores, programando pautas de reconversión industrial. En tercer lugar, es imprescindible una activa política de extensionismo industrial, asesoramiento y ambiente institucional para apoyar a las PYMEs en su proceso de reestructuración. Finalmente se debe fortalecer el proceso de innovación tecnológica y organizacional.

Los problemas del mercado laboral son presentados en los textos de Luis Beccaria y Néstor López "Reconversión productiva y empleo en Argentina" y por Alberto Barbeito en "Baja inflación, reactivación y mayor desempleo. ¿Paradoja o mala praxis?"

El primero de ellos plantea la evolución del mercado de trabajo hasta 1990 y lo sucedido ha partir de la implementación del Plan de Convertibilidad. Previene, además, de los efectos que los procesos de reestructuración provocan en el empleo, algunos de los cuales ya comienzan a sentirse en Argentina. Priman los desocupados de mayor edad mientras que los períodos sin empleo son cada vez más prolongados.

El segundo, plantea el agravamiento de la desocupación no como un problema circunstancial o paradójico, sino como una característica intrínseca al modelo económico en marcha. Luego, para abordar el problema del empleo es necesario un enfoque integrado de políticas. El objetivo mediano de éstas es la calificación de los recursos humanos, difundiendo el acceso necesario a la educación, aumentando la calidad de los niveles de la enseñanza formal y, en la medida de lo posible, tratando de adaptar las salidas educacionales a las nuevas demandas laborales.

Finalmente, retomando el artículo de R. Lo Vuolo, vemos que plantea al plan de Convertibilidad no sólo como una estrategia contra la inflación sino abarcando y afectando

todo el orden social. El problema lo traslada entonces, al ámbito de las instituciones sociales y los conflictos entre el capital y trabajo.

El libro tiene una gran riqueza conceptual y de propuestas, donde cada uno de los artículos aun tratando aspectos parciales, en su conjunto trasuntan una misma preocupación. Esta es la necesidad de modificar ciertas pautas tomando en cuenta la situación de los actores sociales involucrados, para lograr con éxito la integración en el nuevo modelo de apertura económica.

No basta con la estabilidad para alcanzar un sistema que mejore las condiciones de vida de la población y principalmente de los sectores más desprotegidos frente al mismo. Es necesario crecer en forma sostenida y con equidad, para lo cual las políticas económicas se deben coordinar con las políticas sociales para lograr una sociedad realmente más justa.

Alicia Inés Castagna

Paganismo y Cristianismo. Pervivencias y mutaciones culturales (Siglos III-IX); compilado por Hugo Zurutuza y Horacio Botalla (comps.), Homo Saplens Ediciones-Escuela de Historia (UNR), Rosario, 1995.

Este libro ofrece al lector notas, temas y problemas sobre una categoría historiográfica polémica, la **Antigüedad Tardía**: "Período de tránsito o de ruptura, período de convergencia de visiones, espacio de encuentro de dos miradas: la de los antiquistas y la de los medievalistas... Sin duda un campo temático tan amplio impone la selección. Es por eso que optamos por considerar los intentos de reevaluación de la problemática social del fenómeno religioso, derivada, por un lado, de una permanente renovación metodológica que influyó en la historiografía occidental en las últimas décadas, y por otro, de una conceptualización distinta de las centurias finales del Imperio y de los comienzos de la Edad Media a partir de una profunda crítica de la idea formalizada durante siglos de 'decadencia del Imperio Romano'..." (pág. 10-11).

La compilación reúne ocho colaboraciones precedidas de una sugerente Introducción que desenvuelve la problemática socio-cultural y los aspectos metodológicos del período.

En "Notas sobre el cristianismo primitivo", Néstor Míguez introduce esta temática y señala algunas de las nuevas líneas de investigación que presenta este vasto campo de discusión. A continuación Alejandro Zorzín, especialista en los estudios teológicos con proyección histórica, nos habla de "La percepción de los mecanismos de explotación económica en textos de Basilio de Cesarea (c.330-379) y Ambrosio de Milán (c.330/40-397)" donde a partir de homilías y tratados de estos dos obispos se busca el paradigma interpretativo para la realidad socio-económica de su época.

En "Las revueltas de Firmo y Gildo: emergencia de las culturas locales norafricanas", Carlos García Mac Gaw retoma el tema de los dos levantamientos más significativos contra

el orden romano en el norte de África en el último tercio del siglo IV brindando un panorama de las tensiones sociales del área citada.

Vinculado a este mismo espacio geográfico encontramos el artículo de Diana Rocco Tedesco, "La muerte y sus rituales en el África cristiana", donde analiza esta temática renovando la lectura de las *Confesiones* de Agustín de Hipona al reflexionar sobre los ritos referidos al complejo mundo escatológico del periodo.

En la quinta colaboración, "Historiografía cristiana y poder bárbaro, Victor Vitense y el África vándala", Horacio Botalla aborda la obra de ese clérigo y discierne los diferentes tipos de relaciones que determinan cortes en la multiforme sociedad africana del siglo V matizando desde la perspectiva socio-cultural las posiciones tradicionales sobre el tema.

Hugo Zurutuza, historiador, en su trabajo "Paganismo y Cristianismo. Revisitando las culturas campesinas en la Galia de los siglos VI y VII", busca recuperar las voces y gestos acallados de los campesinos precariamente cristianizados en el periodo de transición del mundo antiguo al medieval a través de una interesante selección de cánones conciliares presentados como apéndice documental.

A continuación el filósofo Francisco Bertelloni investiga las "Estrategias de resolución del paganismo en el cristianismo en la 'Donatio Constantini'" y aporta no sólo un profundo estudio sobre la configuración y consecuencias de la Donación de Constantino (S.VIII) sino también ofrece una cuidada versión castellana del texto.

Finalmente la colaboración de M. Marcela Mantel recupera un singular manual pedagógico redactado por Dhuoda, una aristócrata franca, que le permite reconstruir las vinculaciones existentes de "Poder, parentesco y modelos culturales. La Septimania entre los siglos VIII y IX".

El libro en su conjunto diseña los resultados de diversas líneas de investigación y modos de lectura sobre un periodo histórico complejo, aunque se espera, para los futuros desarrollos de investigación, la atención a tópicos no incorporados en este compilación.

Una abundante bibliografía y su cuidada edición enriquecen el esfuerzo de impresión integrando la serie Estudios Sociales junto a otros relevantes títulos y autores.

Marcelo Ulloque

La modernización conservadora. El peronismo de los 90; de María de los Angeles Yannuzzi, Editorial Fundación Ross, Rosario, 1995.

A lo largo de la obra se realiza un análisis de las modificaciones que se han operado en nuestro país a partir del gobierno de Menem. El comienzo de esta década ha tenido como carácter distintivo, en diferentes países de América Latina, la aplicación de "políticas neoconservadoras" que buscan dar respuesta a la crisis de las distintas modalidades del Estado benefactor y a la reconversión capitalista que se ha producido a nivel mundial.

Pero, como es señalado desde el inicio por la autora, la lectura priorizada es la de las condiciones políticas que están permitiendo la viabilización de este nuevo modelo a partir de la experiencia Menem. Mientras en el discurso oficial las transformaciones que se han operado son recurrentemente explicadas a partir de términos exclusivamente económicos, el texto se centra en las condiciones políticas que las han hecho, y las están haciendo, posibles. El interrogante planteado desde las primeras páginas es, entonces, si es posible producir una modernización con características fuertemente excluyentes sin generar al mismo tiempo un cuestionamiento de la democracia y la estabilidad.

El libro encuentra su hilo conductor en ese interrogante. Pero lo que creemos más importante de destacar como característica general del texto, es el estilo utilizado por la autora, que conjuga un análisis del proceso (dando cuenta de los principales hechos y opiniones de los actores políticos fundamentales de los últimos años con un importante rastreo periodístico), junto con un trabajo exhaustivo de las fundamentaciones teóricas de los mismos. Por lo tanto, al mismo tiempo es un libro que informa sobre los acontecimientos y las opiniones políticas, a la vez que desarrolla los enfoques teóricos que explican las tendencias propias de estos procesos.

Pasando a la estructura del texto, los distintos capítulos analizan diferentes dimensiones que explican tanto la fractura del modelo precedente, como del nuevo modelo neoconservador que se está implementando. Así, el capítulo primero se centra en la relación que se ha establecido entre la política, la economía y la crisis. Se inicia el mismo con un sugerente subtítulo: "El carácter político de la modernización"; en él encontramos la explicación de por qué es una cuestión eminentemente política reconocer un proceso de crisis, pensar e instrumentar un nuevo modelo de desarrollo, donde lo económico se desarrolla en una faceta de carácter más operativo.

La paradoja del modelo neoconservador presentada es que, mientras por un lado necesita generar una fuerte despolitización de la sociedad, por otro apela a la política para buscar espacios donde generar consensos. Los demás capítulos operacionalizarán esta aparente contradicción, situando a su vez el rol que le cabe a Menem como gestor de la transformación. Así es analizada la experiencia de crisis que provocó el alejamiento del Presidente Alfonsín, la acusación de hechos de corrupción, y la personalidad y el carisma de Menem. Estos hechos sirvieron al nuevo modelo neutralizando los diferentes tipos de oposición política que surgieron de los partidos políticos opositores, los gremios, y del propio justicialismo.

Es el capítulo segundo el que sitúa al estilo de gestión menemista en el marco de la evolución del propio peronismo. Por un lado son marcadas las rupturas del modelo de desarrollo implementado, pero, por otro, son señaladas las continuidades que refuerzan la identidad partidaria, dando coherencia y sustento ideológico y político a la experiencia menemista. Pragmatismo, decisionismo, una cultura política de corte organicista —que fundamenta un sentimiento de pertenencia a un todo que es la Nación—, y el apelo carismático son los datos que refuerzan un peronismo que aparece dando mayores ventajas que los demás partidos en el proceso de reformas profundas.

El capítulo tercero nos sumerge en la importancia del rol del mercado en la ideología neoconservadora. Éste es uno de los aspectos que tienden a la despolitización de la sociedad antes aludida. Se señala que los espacios de libertad se fundan en la desaparición de los constreñimientos e interferencias impuestas por el Estado a la economía. Pero, como

remarca la autora, esta ideología de mercado se está implementando en un "mercado real" ya distorsionado por la mano del hombre a partir de la brutal concentración de capitales realizada desde el último gobierno militar. Así, en lugar de recrear un espacio de interés común en el mercado, se lo restringe. El tratamiento de los problemas de la pobreza, de la marginación social y política, de la libertad (de mercado y política) y de la igualdad, son absolutamente necesarios y oportunos para darle cierre al capítulo.

El capítulo cuarto nos plantea otra de las resultantes de la despolitización de la sociedad: la reducción del espacio público. Esta reducción se instaure a partir de un discurso antipolítico, que conspira contra la posibilidad de que los diferentes partidos políticos y la sociedad en general privilegien la inclusión del disenso por medio de una lógica discursiva. A partir de la aplicación de este modelo, la política en lugar de fundarse en las diferencias y en la recreación de espacios de conciliación tienden a fomentar un proceso altamente preocupante de descuidanización donde se margina al otro por medio de la degradación de su voz. Aunque las demandas no desaparecen, se las excluye del ámbito de la política. A pesar de ello, como sostiene la autora, "si las nuevas exclusiones no se han impuesto más nitidamente en la sociedad, en parte es por que el menemismo no ha terminado de consolidar plenamente su hegemonía dentro de su propio partido" (pág.119).

El otro término de la paradoja, la necesidad de modelo de encontrar en la política espacios claros de consensos, ocupa el tratamiento del capítulo quinto, donde la autora se plantea el problema de cómo busca legitimarse el modelo neoconservador. Al haber sido quebradas las formas de legitimidad-legalidad del modelo de desarrollo anterior, todas las formas del orden de lo simbólico, del campo de la cultura política entran en cuestión. Estas etapas de transición de modelo requiere de la construcción de un sistema de creencias que en el caso del menemismo se ha centrado fundamentalmente en dos formas de legitimidad: por un lado la soberanía popular y el concepto de democracia que se sustenta en ella, y por otro la razón de Estado que permite fundar formas más autocráticas. El argumento presentado es que las formas de legitimidad privilegiadas por el modelo neoconservador, al ser implementadas en nuestro país, muestran una mezcla de ambos tipos. Pero, como es señalado, esto no implica una negación de la mecánica electoral, sino una utilización de esa instancia para plebiscitar los cambios operados en el período precedente y la persona que los ha encarnado.

Por lo tanto, mientras la justificación sustentada en una razón de Estado es posible a partir de la despolitización de la que hablan los capítulos iniciales, la legitimidad de las urnas corrobora y refrenda lo hecho por el gobierno en el período anterior a las elecciones. Como se nos señala en el texto, la legitimidad de origen se hace extensiva a la legitimidad de ejercicio y de los fines.

Los capítulos sexto y séptimo refuerzan el análisis del achicamiento del espacio público y de las formas de legitimidad priorizadas al discutir las transformaciones de las estructuras de los partidos políticos —sociedad política— como órganos de mediación de la sociedad civil y el Estado, y el proceso de anulación de la división de poderes. Respecto de los partidos políticos se plantea cómo dos lógicas perversas se entrelazan. Por un lado la que surge del nuevo modelo que los excluye al no priorizar un espacio público ampliado y la deliberación —crisis de representación—, y por otro la de las viejas tendencias y vicios propios de la forma en que se estructuró en nuestro país el sistema de partidos —crisis de organización—. La prioridad colocada en la legitimidad electoral plantea por tanto un nuevo modelo de

relación a través de los partidos políticos donde los "perdedores" serán los que adhieran a la vieja cultura del progresismo y los que se separen de esta nueva forma de organicismo.

La alteración de la división de poderes es tratada y documentada a partir del rol a que ha sido reducido el Congreso, de la ampliación de los miembros de la Suprema Corte de Justicia, del indulto, y del profundo ejecutivismo que ha sido instaurado. Ese desequilibrio que se ha producido del balance de poderes lleva al decisionismo como forma particular de construir la política desde el poder, y que es teorizado siguiendo las conceptualizaciones schmittianas.

El libro encuentra una conclusión oportuna con el tratamiento de cómo concebir la democracia y qué significa una democracia consolidada. La democracia formal, las elecciones periódicas no son garantía de la consolidación democrática. Pueden implicar el mantenimiento de las formas, pero produciendo una total modificación de la sustancia. La democracia, concluye la autora, no es un orden acabado, por el contrario está en permanente cambio, por ello debemos continuar recurriendo a esas ideas aparentemente "viejas" de la división de poderes, de la deliberación, de la ampliación del espacio público como único mecanismo no autoritario de enfrentarnos a la modernización excluyente que se está imponiendo.

Gastón Mutti

Luz y Contraluz de una Historia Antropológica; de Eduardo Hourcade, Cristina Godoy y Horacio Botalla, Biblos, Buenos Aires, 1995.

Luz y Contraluz de una Historia antropológica tal vez pueda decepcionar a los aficionados de libros que demandan lecturas lineales y que proponen sistematizaciones de fácil comprensión. Entre sus páginas se despliega un enfoque básicamente crítico y problematizador. Compaginando los estilos particulares de los críticos y problematizador. Compaginando los estilos particulares de los críticos darntonianos y de los compiladores, objetiva un contexto analítico diferencial; abriendo un campo de reflexión que dimensiona, de modo original, el dominio nada novedoso pero estrictamente vigente, de la discusión acerca de las relaciones epistémicas y operativas entre Antropología e Historia. En ello reside probablemente su principal mérito: la propuesta de un movimiento doble de reflexión en torno de la temática de la significación y la representación, siempre actualizado en los debates de esas disciplinas, desde el punto de vista de la textualidad. Con el "pretexto" de retomar las principales expresiones de la polémica abierta tras la publicación de *La Gran Matanza de Gatos y Otros Episodios en la Historia de la Cultura Francesa* de Robert Darnton el libro nos introduce categóricamente en el centro de la cuestión de la textualidad, como esfera de conocimiento sostenida en la relación, en gran medida práctica y estructurante, de la relación Texto-Discursividad. Brinda, con ello, un enfoque actualizado de la multiplicidad de mediaciones presentes en la comunicación textual; aproximándose, de este modo,

a "una sensibilidad de lo diferente" (C. Godoy) dentro de cuyos límites campea, la producción de textos que hacen los compiladores. Se instituye, de tal manera, una complementariedad, una tarea doble que organiza el libro: poner en disponibilidad de los lectores una polémica reciente, aún ignorada por muchos, respecto de las perspectivas teórico-metodológicas propias del análisis desplegado por Darnton en *La Gran Matanza de Gatos...* y, simultáneamente, hacerla "textos" que pueden tener implicancias operativas por cuanto anticipan límites y perspectivas locales para las relaciones interdisciplinarias tratadas.

En el juego de las luces y los contraluces del libro algo queda claro. El trabajo de "exégeta" se vincula al del antropólogo y al del historiador, por vía de las imposiciones de la otredad y circunscribe, de tal manera, los límites de su intercambio interdisciplinar dentro del dominio de lo colectivo, de sus discontinuidades y continuidades. La exégesis involucra la traducción de lo otro, sea cultural o temporal, e incluso ambas cosas simultáneamente como parece ocurrir en el caso de los "textos-episodios" de Darnton. La interpretación brinda las premisas de la actividad traductora y de sus funciones (lenguaje, símbolo, texto). Si su valor nos aproxima a la singularidad de lo significado o a la categoría colectiva del significante y, aún más, a su mediación concreta sobre el plano de la eficacia significativa, a la experiencia como concreción o como modelo es el enigma que nos presenta y nos representa el libro y que se nos figura como metáfora en la ironía implícita en el título del artículo de La Capra al parafrasear una matanza de símbolos. La ironía intencional se nos transcribe así en representación de las matanzas posibles de objetos que el propio acto interpretativo puede producir y que, de hecho, produce abriendo el campo de la representación de "lo otro"; otro hecho política, cultura e historia de la relación con la cosa hecha representación, vínculo metafórico como real, "proyecto arrojado" de la hermenéutica, según G. Levi.

Todo este movimiento circunscribe el libro. Lo puebla y lo despoja; le da textura. Lo trama. La crítica de la noción de *frechness* (francesidad, afrancesamiento, como quiera que sea) pone sobre el tapete, de modo ejemplar, la controversia respecto de las posibilidades efectivas de reconocer los espíritus de época (o los mecanismos de su producción). El campo de las tradiciones antropológicas clásicas de simbolismo ocupan su lugar por omisión; se imponen temáticamente. Su fuerza se impone más por la referencia al texto como producción contextual que por la crítica, explícita en varios casos, del carácter dispersivo de la historia cultural que busca la singularidad geertziana, la densidad de lo significado por "los que estuvieron allí". Presencia por omisión, ausencia de nombres que no cesa de representar (y de recordarnos) el sentido categórico del símbolo social, sentido que rige, incluso, sus interpretaciones particulares.

Presencia y omisión. Luz y Contraluz del título que proclama, de esta manera, esa eficacia emblemática, que circunda la temática de lo simbólico. Esos temas recurrentes en la perspectiva darntoniana caen en un campo dentro del que se continúan reproduciendo los términos de una problemática clásica: la del carácter colectivo de lo simbólico y la de las relaciones posibles entre individuo y sociedad. La eficacia emblemática del título ocupa el terreno firme de muchos que se abre, a instancias de esas relaciones, en la perspectiva darntoniana, entre los flancos de "la historia del libro" y la matanza de los gatos como multiplicidad episódica. En ese terreno, la mítica relación entre Antropología e Historia reencuentra otros caminos para la vieja polémica acerca de su parentesco: ¿alianza o

filiación?, ¿alianza metodológica o filiación teórica respecto del acto de la traducción? Proyecto de una topografía de lo interdisciplinar aún inconclusa.

En otro extremo, las exigencias de la compilación (escritura-textualización), no exenta de matices eruditos, se presenta como una lente que permite ubicar sobre el fondo de luz disponible la interlocución entre esas dos viejas figuras confrontadas. Al preservar la imagen de una contraluz se resquebraja, no obstante, la hipótesis de una consanguinidad evolucionista de ambas preservando, con ese gesto, el vigor y la profundidad variables de las postulaciones de Darnton y sus críticos.

De este modo, la lectura del libro puede permitir al historiador apreciar las implicaciones de su objeto en una escala distinta de la tradicionalmente utilizada por la historia, gracias a la jerarquización de hechos (materiales) que permiten detectar indicios de una trama más amplia de significación. Es este sentido, es cierto que la temática darntoniana y la aportada por sus críticos sugiere un centramiento en la preocupación por investir de carácter empírico el análisis de los procesos culturales y de sus implicancias; siguiendo el curso no necesariamente explícito ni consciente de las líneas tradicionales en la producción académica americana muy distinta de las perspectivas que posibilitaron el desarrollo de la historia de *Annals* y de *Mentalités* y de sus intereses por los efectos de los fenómenos colectivos en la historia. La preocupación metodológica que, de ese modo, parece acarrear la historia cultural americana es mucho más reciente en ese ámbito que para la Antropología que estructuró buena parte de su desarrollo en torno a una reducción operativa de las relaciones entre lo particular y lo general. Sin embargo, tal como se desprende del artículo de Cristina Godoy estas cuestiones no son simples ni lineales sino que articulan, en el caso de Darnton, referencias prácticas que vinculan su oficio de periodista al de historiador situando ese vínculo como condición de su producción teórico-metodológica. La problemática de la "historia del libro" en un contexto de interés por procesos colectivos de significación—cultural y temporalmente "otros"—introduce una versión heterogénea y pródiga dentro de ese dominio teórico al cual Darnton aporta. El detalle de su práctica intelectual no es un elemento irrelevante en el contexto de análisis de su producción como tampoco lo es su interés por buscar en lo contextual, a instancias del concepto de "espacio de lectura" las premisas que permitan vincular cultura popular y cultura erudita ya que implica centrar teórico-metodológicamente la temática de la traductibilidad y sus posibilidades de operatividad.

Las relaciones, planteadas por Eduardo Hourcade, entre los caracteres de la producción textual, las referencias sistemáticas, que inteligibilizan el gesto interpretativo, y la formulación respecto de la posibilidad de un nivel político en el campo darntoniano brinda un aporte importante para los debates alrededor de la legitimación de nuevos enfoques historiográficos. Los planteos de Botalla acerca de los límites conceptuales de las relaciones entre Historia y Antropología se mantienen en un nivel de generalidad que es operativo en función de su intento de efectuar una partición del dominio en niveles significativos que permitan dar cuenta de la complejidad y variabilidad epistemológica en el intercambio interdisciplinar de nociones tales como significación, representación, texto y discursividad.

Luz y Contraluz de una Historia Antropológica abre, de este modo, el juego de una actualización a nivel local y nacional, de las polémicas producidas en torno a la interdisciplinariedad por la publicación y divulgación de *La gran matanza de gatos...* y el movimiento académico por ésta producido. Lo hace de un modo original, a instancias de los enfoques

desarrollados por los compiladores. Ellos hacen pasar por el tamiz de las preocupaciones nacionales los problemas planteados en el campo de la historia cultural. Ubican, con ello, un punto a partir del cual la producción y el debate pueden superar la expectativa, difícilmente concretizada, de una colaboración entre la Antropología y la Historia. La coexistencia espacial de esas disciplinas en los principales centros académicos del país no ha tenido como correlato, hasta el momento, la elaboración de proyectos de investigación que permitan una profundización de los intercambios entre ambas. Esto podría empezar a producirse si contamos con libros como éste. En él se abren, de manera estimulante, los frentes de un debate insoslayable respecto de la temática. Su lectura puede, por ello, resultar sumamente próspera.

Marcela López Machado

***Diálogo*; de Ricardo Piglia y Juan José Saer, Centro de Publicaciones de la Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe, 1995.**

"Recuerdos falsos para memorias verdaderas", dice Saer en *El arte de narrar* ⁽¹⁾. "Relatos falso [para] historias verdaderas", dice Piglia en *La ciudad ausente* ⁽²⁾. Curiosa paradoja ésta de lo falso componiendo lo verdadero, metáfora por excelencia de la literatura: partes falsas (hechos, lugares, personajes, recuerdos, *citas*) dando por resultado un todo verdadero, el libro... Pero ¿puede haber realmente, en estos tiempos relativos, memorias verdaderas, historias verdaderas? O, en todo caso, lo que hace a la misma pregunta: ¿puede haber recuerdos falsos, relatos falsos, en el sentido en que lo falso, la falla, en la memoria, en la historia, es un dato más de ese todo, que nos posibilita, nos reintegra, a otra lectura, más verdadera que la anterior? Curiosa paradoja, ésta, al mismo tiempo, de la pertenencia, de la propiedad de una frase en un territorio, como el de la literatura, plagado de sueños que son citas, de citas que son sueños, de citas y sueños que son libros, y de libros que vuelven a ser sueños, citas, ahora en el encuentro de dos importantes escritores de la literatura argentina actual que se leen entre sí con cierta particular atención de la cual el *Diálogo*, el libro que nos ocupa, es, entre otras cosas, un testigo privilegiado.

El *Diálogo*, como este paradójico encuentro de una frase, se funda en la sospecha. La sospecha, en primer lugar, como diría María Teresa Gramuglio ⁽³⁾, "de que al reflexionar sobre su trabajo, el escritor nos abre nuevas perspectivas acerca de ello, aunque eso no implica suponer que en sus palabras reside alguna verdad última acerca de su obra. Pues lo que el escritor propone —sus propuestas, sus propósitos— acaba excedido por los textos, que, arrojados al tiempo y a las lecturas, van seguramente más allá". Pero la sospecha, también, de que se trata de un libro fragmentario, escrito a "dos voces" y constituido por partes diversas.

Respecto a la primer sospecha. Piglia y Saer, presintiendo quizá su peso y su amenaza, hablan poco de sí mismos, y mucho el uno del otro, o de terceros. Terceros, otros escritores

(y Faulkner como prototipo de todos ellos), que, como dice Piglia, actúan como una suerte de espejos, de *comodines*. Son como esas cartas que adquieren su sentido según quién, y para qué, las tira. Y respecto a la segunda sospecha, el Editor ha optado por no disimular la constitución fragmentaria del libro, recortando unas veces, pegando otras. El *Diálogo* reúne una serie de encuentros convocados por la Universidad. El primero, de 1986, se evoca en los capítulos "Por un relato futuro", "Secuencia", "Posición" y "Palabra". El segundo, de 1993, en "Faulkner", "La región" y "Saer entre nosotros". Además hay partes de dos reportajes: de los diarios *Folha de Sao Paulo* (1990) y el *Cronista Comercial* (1993). Fragmentos disgregados, todos estos, que se reúnen en torno a las preocupaciones y propuestas tanto de Piglia como de Saer, pero a su vez a la existencia, palpable en el libro (y en esto el libro, en tanto documento, tiene el valor de un testimonio) de un núcleo de preocupaciones comunes a ambos: el tema de los géneros como máquina y al mismo tiempo como *maquinación*, la búsqueda de una escritura privada, de una voz en el relato, la lectura de ciertos escritores (y de nuevo Faulkner como prototipo).

De esta manera el *Diálogo* es un libro construido en la sospecha que, sin ser una novela policial, atrapa en su lectura. El lector avanza por una trama al mismo tiempo que penetra en la intimidad de una conversación semiprivada.

Leído desde su constitución, el *Diálogo* forma familia con otros dos libros también editados por la Universidad: *Crítica y ficción* de Piglia (Santa Fe, 1986) y *Una literatura sin atributos* de Saer (Santa Fe, 1986), que recogen, al igual que aquél, entrevistas e intervenciones. Libros que se instalan como una prolongación, un alrededor, un *margin*, del trabajo central de estos dos escritores, el trabajo narrativo. Libros, partes falsas de una totalidad, la obra, que, arrojada al tiempo y a las lecturas, tenderá a ser verdadera.

Sergio Delgado

NOTAS

(1) Juan José Saer, *El arte de narrar*, Centro de Publicaciones de la Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe, 1988, pág. 75.

(2) Ricardo Piglia, *La ciudad ausente*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1993, 4ta. ed., pág. 52.

(3) María Teresa Gramuglio, "El lugar de Saer", epílogo de: *Juan José Saer por Juan José Saer*, Buenos Aires, Editorial Celtia, 1986.